

Misión en uno, había de pasar á otro muy distante, y era por cierto cosa muy providencial que en aquellas tristes circunstancias en que los ministros de la Religión eran tan perseguidos, y cuando por todas partes no se veían sino escándalos, ni se oían sino blasfemias y errores groseros contra la santa fe y contra las buenas costumbres, se viera el P. Claret obligado á predicar, no en una, sino en muchas y muy diversas comarcas. En todas era perseguido de los incrédulos y de los malos cristianos; y cuando éstos, por la misericordia de Dios, se convertían, empezaban las persecuciones del Gobierno y de las autoridades superiores. Mas nunca éstas le impidieron el dar la Misión á pesar de los esfuerzos que para ello hicieron, porque acontecía siempre una cosa muy graciosa, en la cual palpablemente se veía la mano de Dios: y era que cuando en una provincia se daban providencias contra él había terminado ya la Misión, y el buen Padre se ausentaba y pasaba á otra provincia para dar allí comienzo á otra nueva. En ésta sucedía una cosa semejante, y lo mismo en otras, que no parece sino que Dios iba jugando y burlándose de las astucias de sus enemigos.

Cuando nuestro Padre Fundador se hallaba ya de Arzobispo en Santiago de Cuba y el general Manzano de gobernador de la ciudad, éste le confesó ingenuamente que, estando en Cataluña, tenía encargo del Gobierno para prenderle, no porque la autoridad tuviera quejas fundadas contra su conducta pública ó privada, pues sabían bien los gobernantes que no se metía en política, sino porque les daba miedo ver la muchedumbre de personas que de todas partes afluían á los pueblos en donde predicaba, y temían, atentos al prestigio universal de que gozaba, que á la menor indicación que les hiciera se levantaran todos á una é hicieran armas en favor de D. Carlos. "Dios no quiso que me prendiesen, — decía el P. Claret, — y éste fué el motivo principal porque no pudieron prenderme." Dios quiso que se predicase á las gentes la divina palabra, mientras el diablo iba trabajando en la corrupción de las costumbres por medio de los bailes, de los teatros, de la lectura de libros y periódicos malos y de la profanación de los días festivos. Era un escándalo lo que en esto último acaecía, porque como el pueblo estaba armado para oponerse á los enemigos del Gobierno, los jefes de la tropa obligaban á los mo-

zos en los días de fiesta á los ejercicios militares, con lo cual les impedían el asistir á la Misa y á las funciones de la iglesia.

Todos estos abusos trató de desterrar el Siervo de Dios, aunque por medio indirecto, para no herir la susceptibilidad de los tiranuelos que entonces ejercían el mando y que tan *valientes* y tan *fuertes* se mostraban contra sacerdotes y religiosos indefensos; y en gran parte consiguió su intento, pues fueron muy contados los que no se rindieron á sus exhortaciones. Tarragona fué una de las provincias que más se aprovechó de sus santas Misiones, pero también fué una de las que más le persiguieron; porque si bien era en general muy querido y estimado de todos sus habitantes, había algunos que le odiaban de muerte y trataron de asesinarle. Llegó á tal extremo la persecución de estos malvados y fueron tales las asechanzas que le armaron, que el señor Arzobispo de la diócesis se vió obligado á salir á defensa del Sr. Claret en una circular, que por su grande importancia merece ser leída. Dice así:

"No sin dolor he sabido que por algunos pueblos por los cuales ha pasado el Rdo. D. Antonio Claret dando sus acostumbradas Misiones, se han propalado contra este virtuoso sacerdote groseras calumnias é imputaciones absurdas con el objeto de desacreditar, no tanto su persona, cuanto la palabra de Dios que anuncia, y retraer á las gentes de que vayan á oírle. Aunque el público, en su generalidad, ha despreciado tales imputaciones, notoriamente falsas, como se conoce por la extraordinaria concurrencia que se ve en todos los pueblos á sus sermones, no obstante, hay algunos, pocos en verdad, que menos cautos, ó quizá con un corazón prevenido, han prestado oídos á los chismes, rechazando por esta causa la palabra de Dios anunciada por boca del celoso Misionero.

"A fin de que el mal no cunda y depongan sus prevenciones los que tal vez las hayan abrigado, encargo á Ud. que desmienta eficazmente tales imputaciones, aseverando con toda certeza que D. Antonio Claret jamás ha tomado la menor parte en ningún bando político; que desde que se ordenó, que fué en 1835, residió de vicario en Sallent, pueblo de su naturaleza, punto fortificado y sujeto siempre á la autoridad de la Reina; que en 1839 fué á Roma con conocimiento y permiso de sus superiores; que en 1840, cuando había concluído la guerra civil, regresó á España, en donde empezó su carrera de Misionero

con permiso de la competente autoridad, con aplauso universal y recogiendo los más copiosos frutos de conversiones y virtudes, sin que la autoridad civil y eclesiástica hayan tenido jamás que censurarle ni advertirle en lo más mínimo. Su conducta privada es intachable, sus costumbres edificantes, sus obras conformes á su lenguaje de ministro del Evangelio, su abnegación y desinterés completo, no recibiendo jamás estipendio por los sermones que predica, ni aun por el santo sacrificio de la Misa que diariamente celebra; y si alguna vez, por motivos especiales, se ve precisado á recibir alguna limosna por estos servicios, la invierte inmediatamente en objetos muy laudables. Ni en los libritos, ni en otros objetos piadosos que se expenden con motivo de sus Misiones, tiene utilidad alguna ni ganancia temporal, pues para nada interviene en su expendición. Su vida penitente, mortificada, laboriosa, es la de un verdadero Misionero apostólico. Viaja siempre á pie y sin provisión de comida ni vestidos. Lo sabe y lo publica la gente en Cataluña y en otras provincias, y puede Ud. asegurarlo sin temor de ser desmentido si alguno propala lo contrario ó aparenta ser engañado ó quiere engañar á otros.

„E interesándose en esto la gloria de Dios y la santificación de las almas que se consigue por medio de las Misiones, encargo á Ud. procure desvanecer tales falsos rumores y calumnias si alguien intentase esparcirlos por esa parroquia, especialmente cuando fuese el citado D. Antonio Claret á dar Misión en ella, para prevenir malignas y erróneas especies contra el Misionero y para que la palabra de Dios produzca los consoladores frutos que deseamos por virtud de su divina gracia. = Tarragona 24 de Octubre de 1846. = Por mandato de S. E. I. el Arzobispo mi señor. = *Manuel de Pomiano*, Secretario. „

Esta circular, tan sencilla como enérgica y llena de verdad y de profunda convicción, fué enviada á todos los párrocos de la archidiócesis, y por ella se echa de ver la popularidad que tenía ya entonces nuestro santo Padre entre las gentes sencillas, el concepto de santidad en que le tenían, no sólo el pueblo, mas aun las personas constituidas en dignidad y distinguidas por su virtud y ciencia, los celos que despertó en los malos con el inmenso fruto que en las Misiones recogía y la campaña de persecución iniciada contra él por los hijos de

las tinieblas con el intento de difamarle y de estorbar el bien que hacía en las almas por medio de sus predicaciones.

Relacionado con la circular anterior hay un pasaje en los Manuscritos del Siervo de Dios que manifiesta á maravilla la generosa disposición de ánimo en que entonces se hallaba, y cómo batallaba con los sentimientos de la flaca naturaleza en medio de aquellas borrascas levantadas contra él por la maldad de algunos hombres. “En medio, — dice, — de las alternativas de tribulaciones y consuelos, pasaba yo de todo: ratos buenos, y ratos muy amargos; á veces fastidiábame el vivir, y entonces mi único pensamiento y mi única conversación eran el cielo, y esto consolábame y animábame en extremo. Habitualmente no rehusaba el padecer; por el contrario, deseaba sufrir y morir por Jesucristo; yo no me ponía voluntariamente en los peligros, pero gustaba de que mis Superiores me enviasen á lugares peligrosos para tener la dicha de morir por Jesucristo de manos de asesinos. En la provincia de Tarragona era generalmente muy querido; pero había unos cuantos perversos que quisieron atentar contra mi vida. Sabiéndolo el señor Arzobispo, hablamos un día los dos de este asunto y le dije: “Excelentísimo señor: no me arredro ni me detengo yo „por esto; mándeme vucencia al pueblo de la diócesis que „quiera, que iré gustoso; aunque supiese que hay en el camino „dos filas de asesinos esperándome puñal en mano, pasaría „adelante. *Lucrum mori* (1). „Mi ganancia es morir por predicar la Religión de Jesucristo: todas mis aspiraciones han sido siempre, ó morir en un hospital como pobre, ó en un cadalso como mártir; con mi sangre quisiera yo sellar las virtudes y verdades que he predicado y enseñado (2). „

A las persecuciones de los hombres se juntaron las de Satanás, el cual, como prevía las muchas almas que le iba, con el auxilio de Dios, á arrebatarse, se encarnizó contra él sobremanera, y trató no pocas veces, con ruidos y otros modos infernales, de estorbar el fruto que en las Misiones hacía. Ya vimos cómo en su juventud, después de aquella insigne victoria en favor de la santa pureza, tras la cual se le apareció la Madre de Dios, vió á su derecha un grupo de santos en acti-

(1) Philip., I, 21.

(2) Manuscritos del Siervo de Dios.

tud de orar por él, y á su izquierda un escuadrón de demonios puestos como soldados en orden de batalla. Ahora veremos cuán bien cumplieron las potestades infernales su propósito de hacer guerra continua al Siervo de Dios y lo que con aquella actitud belicosa quisieron significarle. Por lo que nosotros hemos podido averiguar, se colige claramente que los demonios atormentaron su persona con terribles obsesiones, como lo hicieron con los mayores santos. Pasando por alto los muchos casos que á sus solas debieron acaecerle, y que él por humildad conservó ocultos, trasladaremos aquí algunos otros, de los cuales tenemos noticia por la declaración de varias y fidedignas personas.

Hallándose en Vich, aconteció una vez que las personas de la casa en que habitaba vieron que no parecía á tomar el chocolate á la hora de costumbre. Sospechando si era acaso efecto de alguna indisposición, entraron en su cuarto y le preguntaron si había novedad en su salud. El Siervo de Dios respondió que sentía fuerte dolor en un costado. Fueron luego los de la casa por el médico y por el cirujano, y habiéndose presentado éstos, el último le ordenó que descubriese la parte que le dolía. Quitada la ropa vieron en el costado una espantosa herida, como si una fiera le hubiese despedazado la carne con sus garras, pues era tal que se le veían varias costillas. Preguntáronle admirados cómo había sido aquello; y como él no supiera explicarlo, todos convinieron en que era efecto de los espíritus malignos. A la primera ó segunda inspección vieron los facultativos que había señales de gangrena y que se hacía por lo tanto necesario una operación quirúrgica; pero aguardaron para hacerla el día siguiente. Llegados á la casa á la hora convenida, fueron al cuarto del Siervo de Dios; pero cuál no fué su sorpresa al hallarle vacío y con todas las señales de que el Sr. Claret se había levantado. Preguntaron por él, y mientras estaban aún hablando, el prodigioso enfermo se les presentó delante con semblante risueño y les dijo que venía de decir Misa, pues la santísima Virgen le había ya curado. Los doctores, atónitos, no acabando de dar fe á sus palabras, le hicieron descubrir el lugar de la herida; pero vieron, en efecto, que estaba ya curado del todo y cubierto con la piel todavía tierna, y aseguraron que aquello naturalmente no se podía explicar, de lo cual dieron un documento firmado á pe-

tición del dueño de la casa, el Rdo. D. Fortián Bres; pero desgraciadamente este escrito se ha extraviado (1).

Predicando en Sarreal (2), y con la iglesia llena de una apiñada muchedumbre que apenas el templo podía contener, del arco toral se desprendió una enorme piedra que, cayendo en medio del auditorio, se dividió en muchos trozos; pero con grande asombro de los que presentes estaban, no causó á persona alguna el más ligero daño (3). De este hecho maravilloso, que el Siervo de Dios atribuyó á la acción de los espíritus infernales, todavía se acordaban en 1882 los habitantes más ancianos de Sarreal, según carta escrita por el P. Pablo Camps, de nuestra Congregación, en los mismos días que estaba predicando en aquel pueblo. Decía el Siervo de Dios que con aquello pretendió el diablo estorbar su predicación, como en las ocasiones, que no fueron pocas, en que, hallándose la gente compungida, se presentaba el diablo en figura de un paisano muy espantado, y daba grandes voces diciendo que había fuego en el pueblo. Al ver nuestro Misionero la alarma que causaba la noticia en los oyentes, y conociendo el engaño del demonio, decía á los fieles desde el púlpito: "Tranquilizaos, no hay tal fuego: es un engaño del demonio; y para vuestra mayor seguridad, salga uno de vosotros y vea en dónde está el incendio; y si lo hubiera, vosotros y yo todos iremos á apagarlo; pero os digo que no lo hay, que es engaño que ha metido el diablo para impedir vuestro aprovechamiento. "

Y así era la verdad, porque iba alguno á ver dónde estaba el incendio y volvía diciendo que no había tales carneros; y como buscasen á la persona que había propalado el rumor y dado aquellas voces alarmantes, no parecía por ningún lado; pues como no era otra que el diablo, cuando se veía descubierto desaparecía sin saber cómo de entre la alarmada muchedumbre.

Cuando el P. Claret predicaba en campo raso, que acaeció muchas veces por no poder los templos contener las innumerables personas que acudían á oírle, el diablo á las veces amenazaba al predicador y al auditorio con recias tempestades;

(1) Rdo. D. Francisco Corominas, párroco de Viladrau.

(2) Pueblo del obispado y de la provincia de Tarragona y del partido de Montblanch.

(3) Manuscritos del Siervo de Dios. — El párroco de Sarreal.

pero luego por un lado ú otro se echaba de ver que eran aquellas trazas del demonio para estorbar la Misión. Otras veces le acometió á él derechamente con golpes y dolores extraños; mas luego que el Siervo de Dios descubría las artimañas del enemigo, sin otras medicinas cesaba luego su dolencia, como si tal cosa por él no hubiera pasado.

D. José Yáñez, párroco de Telde, en Canarias, declaró que á las veces, entre el apiñado auditorio que aguardaba con ansia oír la palabra evangélica del Siervo de Dios, se sentía cierta confusión y un ruido extraordinario como de hombres que reñían entre sí, sin que por otro lado se observase ningún desorden material en la tranquila muchedumbre, y que al dejarse oír la voz del predicador cesaba luego y se deshacía como por ensalmo aquella tempestad, la cual hombres juiciosos atribuían con razón á ardid del demonio, que por este medio intentaba alarmar al auditorio é impedir el fruto de la predicación (1).

Dando Misión en Igualada le sucedió una cosa parecida. En el sermón de la Magdalena, cuando la gente estaba más conmovida, se oyó un ruido espantoso, como si millares de perros estuviesen aullando en la iglesia. El pueblo se asustó en gran manera; pero el predicador, sin perder su habitual serenidad, lo tranquilizó desde el púlpito diciendo que aquello era un ardid de Lucifer para estorbar el bien que se hacía en sus almas, y luego continuó su sermón como si tal cosa no hubiera habido (2).

Dos testigos fidedignos declararon que una vez que hallaron al Siervo de Dios rezando el Oficio divino en casa del capellán de las religiosas Magdalenas, de la ciudad de Barcelona, les mostró el P. Claret un retazo de papel como de unos cuatro dedos, ó algo más pequeño, de color moreno, el cual les dijo que le había caído sobre el Breviario, y en él estaban escritas estas palabras: "Ya estarás contento, que te han nombrado arzobispo de Cuba, porque allí harás de las tuyas; pero yo también haré de las mías." Había por firma tres ó cuatro rasguños ó señales hechas con las uñas. Contando el Siervo de Dios las estratagemas del diablo á su capellán después de la

(1) Oficio del 11 de Junio de 1880.

(2) Declaración de D. Carlos Bofill, presbítero, y de D. José María Bocabella.

herida recibida en Holguín, como en su lugar se verá, le dijo que el demonio había prometido perseguirle y que había cumplido su promesa.

Es curioso lo acaecido en Masnou, provincia de Barcelona, según lo refirieron á nuestro Rdo. P. Claret varios sacerdotes de toda confianza. Era costumbre cantar antes del sermón una letrilla con acompañamiento de órgano, para hacer el acto más ameno. Mas he aquí que un día el instrumento parecía no sujetarse á la voluntad del organista, pues á pesar de sus esfuerzos, sin saber cómo se percibía la tocata de una canción escandalosa, con indecible pena de los fieles que la oían. Al advertirlo el P. Claret sube al púlpito, habla al auditorio para que no se asuste ni escandalice, y luego, dirigiéndose al que tocaba, como si fuera entendedor en la materia le dice: "Hágame usted el favor de tirar el registro *flautado*, que dentro de él está el demonio." Hizolo así el organista, y cesó inmediatamente el desarreglo (1). Hallábase allí de párroco en aquel entonces D. Jaime Maresma, el cual, "siendo canónigo de la santa iglesia Catedral, me refirió,—dice el P. Claret,—sustancialmente el mismo caso, añadiendo que el organista era el P. Juan Quintana, religioso Carmelita Calzado, de vida ejemplar y uno de los más inteligentes en su arte."

Tales fueron las persecuciones que le movió el demonio, y como éstas acaecieron muchas otras en su prodigiosa vida; pero el Señor le descubrió siempre las marañas del enemigo, y así, lo que éste armaba contra nuestro santo Padre y para ruina de las almas, contribuyó á afianzar más entre el pueblo y las personas honradas la opinión de santidad que ya de él tenían, y á que recibieran con mayor provecho la celestial doctrina que les enseñaba. El mismo Siervo de Dios no pudo menos de conocer y confesar que Dios le había librado por modo casi milagroso de muchos é inminentes peligros, y que tuvo particular providencia de él en todo el tiempo de sus Misiones. "Si fué grande,—dice,—la persecución que contra mí levantaba el infierno, era muchísimo mayor la protección del cielo: conocí visiblemente que la Virgen santísima, los ánge-

(1) Declaración del ilustre D. Jaime Maresma; del Rdo. D. Ramón Pujol, presbítero; del Rdo. Antonio Para y Bosch, presbítero; de D. Tomás Prat y de Doña Josefa Homs.

les y santos me condujeron por caminos ignorados, me libraron de ladrones y asesinos, y me llevaron á puerto seguro sin que yo supiera el modo.„

Por todo lo dicho en este capítulo puede colegir el lector lo que eran, poco más ó menos, las Misiones del P. Claret, aunque sólo de una manera vaga y confusa, debida en parte á nuestro desaliño y descuido en presentar los hechos con el entusiasmo y brío que ellos merecían, y en parte también á la naturaleza de las mismas cosas, que vistas á bulto y en general apenas muestran la mitad de lo que son; mas revestidas con el vistoso ropaje de la historia y puestas de este modo al alcance de nuestros ojos, que, como de carne, suelen ver más clara y gustosamente en los objetos sensibles y determinados que en los abstractos y enjutos del orden espiritual, dejan en el ánimo más honda impresión y le recrean más gustosamente. No desespere, pues, el lector que haya leído este capítulo, porque, como antes se advirtió, el objeto de él fué dar una idea genérica de las Misiones y lo ordinario que en ellas acontecía al P. Claret, para excusarle después repeticiones inútiles y fastidiosas, que no es poco decir. Tenga, pues, paciencia y siga adelante, que en los capítulos que siguen hallará la parte viva y animada de la historia.



## CAPÍTULO VIII

### DE LAS MISIONES DEL PADRE CLARET HASTA LA CAÍDA DE LA REGENCIA (1841-1843)

1. Estado del clero español en este tiempo, y de las persecuciones movidas contra el P. Claret. — 2. Vese éste obligado á retirarse á la parroquia de Pruit. — 3. El P. Claret en Vich. — 4. Misiones en San Juan de Oló y en los pueblos vecinos.—5. Su vida privada en este tiempo: cae el Gobierno de la Regencia.

1. Dejamos al P. Claret libre de todo cargo parroquial en la ciudad de Vich, adonde se había trasladado para ponerse á las órdenes del Gobernador eclesiástico, dispuesto á todas horas á ir á cualquier pueblo donde éste, en nombre del Señor, le enviara. La fama de sus predicaciones le había granjeado ya el título de Misionero apostólico; los párrocos y los feligreses le pedían á porfía que fuera á sus iglesias á anunciar la divina palabra; cuando llegaba á los pueblos, sus habitantes le recibían como á un ángel de paz, le miraban con veneración, le escuchaban con docilidad, y en todas partes se obraban maravillas é innumerables conversiones.

No podía el espíritu maligno llevar en paciencia que le fueran arrebatadas tantas almas, y así movió contra el Siervo de Dios una persecución terrible, excitó contra él todas las pasiones humanas y se empeñó en exterminarle, ó á lo menos en hacerle odioso á todos los hombres. Favorecían, por desgracia, al enemigo infernal las circunstancias de los tiempos, harto pe ligrosas para cuantos trabajaban por la causa de la Religión y de la Justicia. Los malhadados políticos que en la época llamada de la Regencia regían los destinos de la nación, no satisfechos con la sacrilega supresión de los conventos, dieron otras